



A los días de celebración y agasajo que Pichín recibió de las Nereidas por haberlas liberado, siguieron los preparativos para cumplir su deseo de llevarlo a tierra.

Se dispuso un cortejo a cuyo frente figuraba Zepelin, orgulloso de abrir camino ayudando a que su amigo cumpliera su deseo, tras él unos cincuenta delfines más, completaban la formación de avanzadilla. Unas carrozas de coral y conchas de fulgentes colores, tiradas por infinidad de potentes

y robustos caballitos de mar, llevarían a las Nereidas felices de acompañar a su salvador, que viajaría junto a ellas.

La tortuga Dora, de grandes proporciones y de caparazón dorado – de ahí su nombre – sería la que, en el último tramo, se encargaría de transportar a Pichín hasta la misma playa.

El trayecto duró tres días bajo aguas profundas, limpias y azuladas. En los tiempos de descanso, Zepelin, se acercaba afectuoso y triste a donde se encontraba

Pichín, separarse de él le daba mucha pena, habían sido compañeros de aventuras y sobre todo se profesaban un especial cariño.

Al alba de la cuarta jornada, llegaron hasta las proximidades de una gran playa, punto en que Dora, la tortuga, cumpliría con el encargo de las hadas y trasladaría a nuestro héroe a la rubia arena de la orilla. Llegado el momento de la despedida, las Nereidas, se acercaron a Pichín y le dijeron:

- Acepta esta pequeña caja de música, como agradecimiento por



tu ayuda. En ella encontrarás sorpresas que quizá te serán de utilidad en la tierra.

Pichín les agradeció la dádiva, y se dirigió a Zepelin:

- Amigo, gracias por todo lo que me ayudaste, nunca me olvidaré de tí.-

Dicho esto, subió sobre el caparazón de la tortuga, y tomaron el camino de la playa, se acercaba el momento tan ansiado por Pichín, volvería a pisar tierra firme.

La enorme tortuga era veloz nadando y pronto alcanzó la orilla, donde se adentro unos metros. Pichín bajo a la arena, le dio las gracias, y esta regreso al mar. Frente a él se divisaba un frondoso bosque de robustos arboles y espesa vegetación de plantas, se adentró por un estrecho sendero que unas flores silvestre le marcaban.

Cuando se hizo noche cerrada, encontró un pequeño claro en el bosque, se tumbó en el suelo, miró al estrellado cielo extasiado ante la bóveda celeste, que hacía tiempo no contemplaba, y no pudo por menos recordar sus días bajo las aguas del mar y a todos sus amigos. Rememoró como en la búsqueda de las Nereidas de la tierra, había encontrado a sus hermanas del mar, le vino a la mente que su inicial propósito para localizar a las hadas terrenales, era agradecerles los dones que le habían otorgado, pero se negaba a reconocer que su verdadero propósito iba más lejos, quería pedirles una 'gracia especial', era su secreto nunca revelado, quizá porque él mismo tenía miedo de solicitarlo y que le fuese concedido.



En un momento dado, reparó en la caja que las Nereidas le regalaron antes de salir a la superficie, muy despacio, con actitud ceremonial, comenzó a destapar aquel pequeño cofre. Al tiempo que la tapa se abría, una dulce música con reminiscencias de sonidos de caracolas y murmullos de mar, surgió de su interior, al instante las flores comenzaron a abrirse y danzar a su alrededor, los árboles movían sus copas siguiendo el compás y un montón de animalitos del bosque acudieron hasta donde se encontraba, atraídos por las notas musicales que salían de la caja.

Pichín, la cerró de golpe, entre maravillado y asustado, pero para su sorpresa, la música siguió sonando, invadiendo el bosque y alejándose a lomos del viento. Se durmió abatido por el cansancio y al clarear la mañana, cuando despertó, escuchó una melodía, los acordes eran muy parecidos

a los de su caja pero esta permanecía cerrada. Sonaba a lluvia golpeando la tierra, a trompetas, al silbar del viento entre los árboles. La percibió lejana y decidió ponerse en marcha para encontrar su procedencia.

Empezó a entender que las Nereidas del mar, le habían entregado el poder de su música, para que a través ella encontrara a sus hermanas. Solo se trataba de unir ambas melodías para hallar, por fin, a las Nereidas de la tierra.



FRANCISCO PONCE CARRASCO

info@franciscoponce.com

www.franciscoponce.com